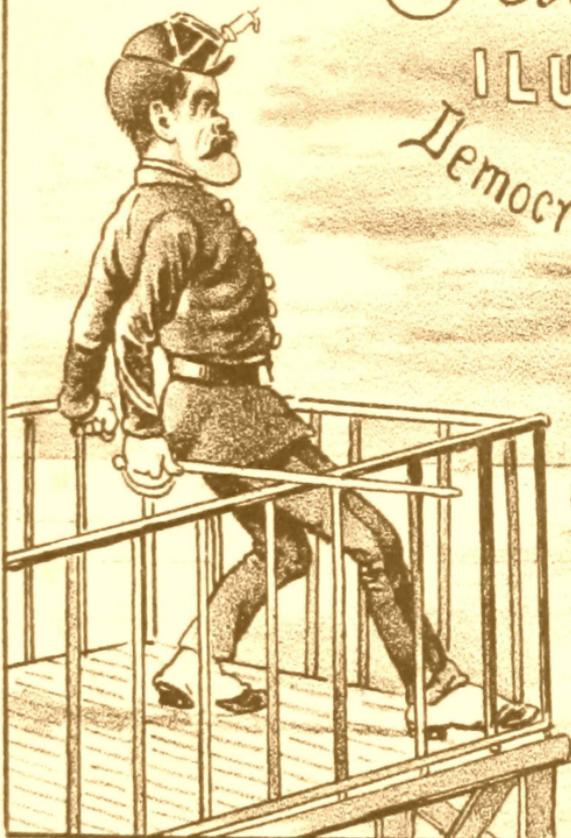


# CANDIDATO PARA LA HORCA

por

Tackal.

ILUSTRADO  
POR  
Democrito y Heraclito





CANDIDATO

PARA

LA HORCA

(APUNTES DE UN REPORTER)

POR

**JACKAL**

---

BUENOS AIRES, JULIO DE 1890



## Una venganza misteriosa

Leyendo *Le Figaro*, el diario parisien que todo el mundo conoce y que quien no conoce ha oido hablar de él, nos hemos encontrado con un interesante y misteriosa narracion, cuyo principal protagonista es un tal Mario Amiel, ex-empleado de la policia de pesquisas de esta capital, y con quien tuvimos á su pedido, antes de regresar á su patria, una larga entrevista.

Antes de dar principio á nuestra relacion ofreceremos á nuestros lectores lo que *Le Figaro* dice y textualmente traducimos:

«*El Times* ha revelado una misteriosa tentativa de asesinato dirigida contra el señor Cornelio Herz que tan importante papel ha desempeñado en las cuestiones relacionadas con las diversas aplicaciones dadas á la electricidad y el perfeccionamiento del teléfono, propietario aun hoy del periódico *La lumiere*

*electrique*. Hé aquí algunos detalles sobre este asunto:

En el mes de setiembre de 1888, el diario *Le Figaro*, de Paris, registraba el siguiente anuncio:

«*La persona que quiera llevar á cabo una operacion muy delicada y peligrosa, en el extranjero, pero bien retribuida, puede escribir á F., 24, poste restante, oficina núm. 42, Paris.*»

Un ex-comisario especial de policia, llamado Mario Amiel, habiendo leído el anterior anuncio y hallándose en Paris sin colocacion ni recursos, escribió al señor F.

Algunos dias despues,—ha dicho el señor Amiel á un reporter de un diario parisien,—recibí una carta sin firma en la que se me indicaba que á una hora que me señalaban, fuera á la calle Lavoisier llevando en la mano, para que pudieran reconocerme, la carta que me habian escrito.

Acudí á la cita y salió á mi encuentro un joven, correctamente vestido, que me dijo que me colocara á su lado y continuáramos andando. Me acerqué á él.

—¿Estais dispuesto á todo? me dijo.

—A todo, contesté.

Al oír mi contestacion sacó del bolsillo cinco billetes de cien francos cada uno y seis tarjetas de las que dá la administracion del *Figaro* para la *Petite correspondance* que inserta en sus columnas. Me entregó además un número de un diario

—Este periódico os dirá, añadió, el nombre de la persona que es preciso desaparezca. Se trata de un prusiano que sedujo á una jóven y la familia de ésta reclama una venganza terrible.

Al frente de este número leereis su nombre y me contestareis en el *Figaro*, sirviéndoos para nuestra correspondencia de la clave siguiente: A. 1, B. 2, C. 3 y así sucesivamente.

Dicho esto se despidió de mí. Al quedarme solo, abrí el periódico que era la *Electricité* y ostentaba en la primera página el nombre de su director, el señor Cornelio Herz.

Queriendo darme cuenta exacta de si mi desconocido personaje estaba verdaderamente resuelto á asesinar al señor Herz, continué mi correspondencia con él por medio del *Figaro*. Nuestras entrevistas se celebraban siempre en la calle Lavoisier.

—Es indispensable que tomeis todas las medidas necesarias para obrar prontamente, me dijo un día dándome un fajo de diez billetes de á cien francos cada uno. Id á vivir al hotel Belfort calle de la Arcade, en que habita el señor Herz. La cantidad que os entrego es á cuenta de los 50.000 francos que recibireis en cuanto quede terminado este asunto.

—Me son necesarias garantías por adelantado, porque, ¿quién me asegura de que despues de cometido el asesinato os volveré á ver? Estareis entonces tan interesado como yo mismo en desaparecer y no daros á luz.

Algunos dias mas tarde me entregó ocho mil quinientos francos, que con lo que ya habia recibido formaba un total de diez mil.

Mi interlocutor me dijo:

—Es necesario poner manos á la obra inmediatamente. ¿Qué pensais hacer?

—Creo lo más acertado buscar un pretexto para provocar una cuestion personal y batirme con él.

—Eso no es práctico. Es necesario que le

enveneneis. Procurad hacerlo con un frasco de ácido prúsico ó de otro veneno igualmente activo y buscad el modo de propinárselo; para que la justicia crea que se trata de un suicidio, dejareis el frasco en la habitacion de nuestro hombre, con lo que desaparecerán todas las sospechas de un crimen.

Viendo que pasaba el tiempo y yo permanecia inactivo, por medio del *Figaro* me dió una nueva cita.

—¿Cómo es que continuais sin hacer nada? Es indispensable que se dé el golpe inmediatamente y acabar de una vez.

—Estamos de acuerdo, pero para ello necesito 5,000 francos más, ya que no es posible que sin la complicidad del cocinero de la fonda ó del *maitre d'hotel*, pueda hacer nada.

—Aquí los teneis, pero no más retardos: cuento con vos.

—Tenia 15,000 francos en mi cartera. Aquel mismo dia salí de París, acompañado de mi mujer y nos dirigimos á Burdeos, en cuyo puerto nos embarcamos para Buenos Aires el 20 de Octubre.»

Hasta aquí el relato del reporter parisien.

*Le Temps*, de Paris, añade ahora lo siguiente:

«Llegó el Sr. Amiel á Buenos Aires el 28 de Noviembre, pasando algunos meses sin ocupacion hasta que logró que se le nombrara inspector de ferro-carriles. Despues cayó enfermo y cuenta que fué victima de varias tentativas de asesinato, añadiendo que supone fuera autor de ellas el misterioso personaje de la calle Lavoisier, que habiendo descubierto su retiro, queria vengarse del engaño de que habia sido víctima. Por último, el dia 4 de Febrero, Amiel y su familia se embarcaron

en Buenos Aires, de regreso á Europa, llegando á Paris el 4 de Marzo.

«El ex-comisario de policia, que desde Buenos Aires habia escrito varias veces al señor Cornelio Herz, refiriéndole lo sucedido en Paris, se encontró nuevamente en aquella ciudad sin recursos de ninguna clase, dirigiendo entonces otras cartas al director de *La lumière électrique*, pero éste no contestó á ninguna.

«Tales son los hechos, segun los refiere el Sr. Amiel, quien dice que reconoceria fácilmente á la persona con quien hablaba en la calle Lavoisier. La policia debe averiguar ahora lo que haya de cierto en sus declaraciones.»

---

### Las revelaciones de Amiel

Era la época en que, durante la administración del Dr. Juárez, por primera vez se escuchaba la palabra conspiración y se repetía de oído en oído sin saberse quién fuera el que la lanzara primero. La crisis, que tan justamente se ha dicho que nos atraviesa, principiaba á dejarse sentir; la situación política empeoraba de día en día, sin dejarle al ciudadano mas derecho que el del comer y el dormir; los errores administrativos se sucedían sin interrupción y la policía, institución civil creada para garantizar vidas y haciendas, se hacía odiosa á propios y extraños por sus abusos que rayaban en el crimen.

Conspiración!

El pueblo, bajo el peso de tan grandes males, sin partidos políticos organizados y sin más amparo que la prensa, al escuchar esa palabra, no pudo ménos que preguntarse quienes eran los conspiradores, sin poderles encontrar en parte alguna.

Entre tanto los cuerpos de la guarnición dormían con el arma al brazo, la policía se militarizaba, en los cuarteles y en las comisarías se hacían ejercicios diarios, la vigilancia en las calles ora se doblaba ora desaparecía, llenando de terror al pobre pueblo todo este movimiento inusitado, este ruido de armas por todas partes.

En tales circunstancias, llegó á la imprenta de *El Diario* una carta firmada por Mario Amiel, que habia sido traída por una mujer, la esposa misma de Amiel, según supimos más tarde. La carta en su ángulo superior izquierdo, decía en caracteres encarnados: CONFIDENTIELLE.

Y en seguida:

Buenos Aires, 16 de Enero de 1890:

Señor:

Tengo el honor de dirigirme á Vd. para rogaros que os sirvais mandar á mi casa (lo cual agradecería mucho) una persona de toda vuestra confianza á quien pudiera comunicar un asunto de la más alta importancia y al propio tiempo entregar unos documentos muy interesantes.

Para que yo pueda estar *completamente* seguro de que la persona que se presentará en mi casa es *verdaderamente* vuestro emisario, tened la bondad de darle esta carta ó por lo menos el sobre, y una tarjeta de visita de Vd. respaldada, la cual no es preciso que deje en mi poder, sino tan solo para que yo la vea.

Tomo todas estas precauciones por temor de que esta carta no llegara á vuestro poder y cayera entre las manos de la policía, que pudiera mandar uno de sus emisarios en vuestro nombre

Dispénsadme que no vaya en persona á veros, pero no puedo salir y urge el asunto. Podeis mandar á cualquier hora desde las 9 a. m. hasta las 9 p. m.

Recibid, señor, el testimonio de mi mas distinguida consideracion.

*Mario Amiel.*

**Pasaje Huergo** núm. 6. Rivadavia entre los números 2186 y 2188.

El misterio que envolvía esta carta no dejó de intrigarnos, y como en aquel entonces y como hoy, *El Diario* era y es el más avanzado en la oposicion y muy principalmente contra los abusos de la policía, recelamos y hubimos de renunciar á la cita, creyendo muy justamente que tal vez fuera una celada que se nos tendía.

—Es necesario ir, dijo uno.

—Y yo voy, agregó un segundo.

Quedó, pues, autorizado para acudir á la cita de Amiel, aquel que se habia ofrecido y, por aquello de que «el hombre prevenido nunca fué vencido», cargó su revólver, se lo puso al cinto y se dirigió al encuentro del misterioso invitante.

☆☆  
\*

El «Pasaje Huergo» con sus casitas de cuatro y cinco piezas, unas próximas á otras, al extremo de que si se levanta un poco la voz se escandaliza todo el vecindario, es el sitio de Buenos Aires más apropiado para librarse de una persecucion ó de una tentativa cualquiera, pues quien la intentara seria oído y visto por más de cien testigos, en el acto. Así lo comprendió

Amiel y por eso fué á vivir al amparo de las cien familias que habitan en el *pasaje*.

El enviado de *El Diario* se detuvo frente al número 6,—no sin antes haber prevenido al cochero que si en una hora no habia salido, diera inmediatamente aviso á la imprenta,—y llamó por dos veces á la puerta de aquella casa

Esperó un momento y cuando iba á retirarse, una señora apareció y le detuvo:

—A quien buskais? preguntóle la señora.

—A Mr. Amiel, respondió el enviado.

—Vuestro nombre?

—En esta tarjeta, dijo, entregándosela.

La mujer desapareció por un momento y luego, cuando reapareció, invitándole á pasar adelante, cerró, dando vuelta á la llave, la puerta de salida. No habia escape posible y si lo que se queria era apresar al atrevido, este se encontraba dentro de la trampa.

Tan misterioso era todo aquello, que el enviado no pudo menos de tantear el revólver y disponerse á algo que no habia sido previsto.

Una voz de hombre, en correcto francés, le invitó á entrar, abriendo al mismo tiempo una puerta que daba al zaguán, quedando á la izquierda del visitante.

—Viene Vd. de parte de *El Diario*?

—Sí, señor... Ya tiene Vd. la tarjeta pedida.

—Eso no basta. ¿Mi carta?

—Aquí la tiene Vd., contestó el enviado, presentándosela.

—Bien; pasad y sentaos, preparandoos á escuchar una muy importante revelacion, algo que ignorais y que es del más alto interés.

Guardó silencio por un momento, se dirigió á un escaparate ó alacena, tomó dos copas y una

botella, les hizo sitio sobre una mesa cargada de libros y en seguida se sentó frente á nuestro enviado.

Mario Amiel no es un tipo á quien á primera vista se le pueda señalar nacionalidad. Aunque francés tira á español y más que á español á portugués, sin que parezca ni francés, ni español, ni portugués. Es bajo, pero bien formado; y sobre su cuerpo algo débil, luce una cabeza casi perfectamente redonda. Sus ojos son chicos pero de mirada viva, penetrante, que dan á su fisonomía gran espresion.

Desde el primer momento se observa en su presencia al hombre astuto y sagaz, de palabra fácil y elocuente, con que oculta su pensamiento, y de gran memoria para no incurrir jamás en una contradiccion que haga dudar de su palabra ó de sus intenciones y propósitos.

—He querido,—dijo interrumpiendo el silencio que habia guardado,—que *El Diario* sea el que reciba mis confidencias, que son las confidencias de un hombre que puede desaparecer de un momento á otro, porque es una publicacion que me es muy simpática por su valentía en las circunstancias actuales y tambien porque me puede salvar de la persecucion de que soy víctima...

Hizo una pausa y en seguida continuó:

— «Debeis saber que hasta hace pocos dias he estado al servicio del coronel Capdevila, como agente de pesquisas, esto es, como comisario de la policia que Vds. llaman secreta. Aquí está mi nombramiento y las cartas que en seguida os leeré atestiguan lo que he manifestado.

Pues bien; yo, ex-empleado del coronel Capdevila, soy en estos momentos perseguido



por él y temo mucho que si *El Diario* ó los ministros de Francia y del Brasil, á quienes he pedido proteccion, no me amparan, sucumbiré de un modo ú otro.»

Nuestro enviado se creyó en presencia de un alienado, víctima de la manía de las persecuciones y que su viaje, tan lleno de sobresaltos, iba á terminar cómicamente: la tragedia prometida se iba convirtiendo en juguete. Amiel, penetrando el pensamiento de su visitante, agregó en seguida con un acento de conviccion que no daba lugar á duda.

—«No creais que soy un monomaniaco, que soy un loco, no: desechad esos pensamientos, pues os explicaré por qué el coronel Capdevila trata de eliminarme. Bien sabeis que en los grandes crímenes como en las grandes intrigas, suele suceder muy amenudo que, el agente intermediario entre el que manda ejecutar y el que ejecuta, desaparece ó se elimina como medida de precaucion; de esta manera la cadena queda rota y el hilo de toda pesquisa cortado...

«Me vais entendiendo?

«No habeis oido hablar en estos últimos dias de movimientos socialistas, de conspiraciones y no habeis observado las medidas de precaucion que se adoptan en la policia y en el ejército?— Pues bien, de todo esto estoy en el secreto y precisamente ese es el crimen que en mi quiere castigar el coronel Capdevila: yo soy el agente intermediario que es necesario eliminar.

—Quiere decir, pues, que Vd. ha tomado parte activa en la circulacion de los rumores que corren sin saber de donde han salido?

—Sí, señor, y voy á referiroslo.

Amiel se levantó, tomó de un estante uu

paquete de papeles, sobre el que con tinta enearnada se leía *Nº 1*, desdobló algunos y los colocó en orden en el poco espacio que en la mesa le dejaban los libros, la botella y las copas. En seguida las sirvió y ofreció una de ellas al reporter, invitándole á beber y dando él ejemplo, comprendiendo sin duda que su visitante, por lo misterioso de todo su relato y de todos los detalles del asunto, dudara el echarse al cuerpo una dosis ofrecida por un hombre tan extraño.

En verdad, nuestro enviado, dudó si debía ó no beber, pues su imaginacion exaltada con lo que habia escuchado y bajo la presion de los temores que á su salida de la imprenta abrigara, pensó que bien podía responder aquella galanteria á un plan cuyos propósitos no alcanzaba.

—No bebeis?... No tengais recelo alguno, dijo Amiel, y llenó nuevamente su copa, bebiendo de un sorbo como para infundir confianza. A su vez el reporter mojó apenas los lábios, escusándose de no acompañarlo por no tener costumbre.

—Voy, pues, á enteraros de lo que pasa en Buenos Aires en estos momentos y á referiros la participacion que he tenido en los movimientos que se vienen operando. Permitidme, antes, algunos antecedentes que conviene conocer.



—«En Francia he sido comisario de pesquisa y tuve que abandonar mi puesto por ser decidido partidario de Boulanger al que consideraba como el único hombre capaz de rejir los destinos de mi patria en aquel entonces. Emigré con

destino al Brasil, donde traté de emplearme en la policía abrigando el propósito de dar á la de pesquisas una buena organizacion.

«Me acerqué á algunos hombres del gobierno y me hubiera entendido con ellos si no se hubiera producido el movimiento de Noviembre que les alejó de la administracion pública. Entoncés, sin esperanzas de realizar mis propósitos, me dirigí á Buenos Aires donde á los pocos dias encontré un empleo miserable de 150 pesos en una empresa ferrocarrilera.

«Este pequeño sueldo no era para mí y luego el trabajo me era muy penoso y sin horizontes. Resolví, entonces, acercarme al coronel Capdevila para ofrecerle mis servicios, pues tenia esperanzas de serle muy útil, en vista de la desorganizacion completa de esa reparticion.

«El jefe de policia me recibió muy bien y despues de ver mi pasaporte y otros papeles que son los mismos que veis aquí,—dijo señalando los que había estendido sobre la mesa,—entramos en conversacion sobre los asuntos de actualidad.

—Creo, me dijo, que Vd. me sería muy útil si se ocupara, por el momento, en descubrir los centros socialistas existentes en Buenos Aires, y sus cabezas. En esta tarea tengo empleados algunoshombres pero su accion es lenta.

—Efectivamente, respondí, puedo servir en este asunto, pues me es conocido. El gobierno francés, con igual propósito, me confirió en Francia y en los Estados Unidos una mision idéntica, obteniendo muy satisfactorios resultados. Creo que aquí no ofrecerá mayores dificultades.

—Bien, agregó, prepare Vd. su plan de campaña y vuelva pasado mañana para hablar

detenidamente del asunto, pudiendo desde ya considerarse como empleado de policia, debiéndose entender directamente conmigo.

«A los dos dias me presenté en el despacho del jefe, quien me esperaba, parecía con ansiedad, pues los hombres puestos en campaña solo habian dado con los centros manifiestos del socialismo, es decir, aquellos que celebraban sus reuniones públicamente....

—«Y bien,—me dijo apenas llegué á su presencia,—trae Vd. su plan de campaña?

—«Sí, señor; respondí.

—«Esplíquelo Vd.

—«Nada más facil para conocer el número de socialistas en Buenos Aires con sus domicilios, y á los que les dirigen, que la fundacion de un periódico ultra-socialista, pues á él se suscribirán todos los que lo sean y sus cabecillas colaboraran en él...

—Muy bien pensado! Excelente ideal exclamó el coronel.

—Este periódico, que yo mismo dirigiré, podrá llamarse *El Obrero* ó *La Voz del Pueblo*; lanzaré su programa y antes de cuarenta y ocho horas de circulacion, tendremos el domicilio de la mayoría de los cabecillas. La policia no procederá hasta que yo le dé aviso, para dar lugar á relacionarme con algunos de ellos, y recién entonces principiará á perseguirme para que me amparen y así llegar al conocimiento de todos sus propósitos.

—Muy bien! muy bien!—volvió á exclamar el coronel y en seguida agregó:—«Cuenta Vd. con el dinero necesario para llevar adelante su plan.»

«Y luego, despues de un momento de silencio, como el hombre que duda si debe ó no

revelar un secreto á otro que recién conoce, pero que puede serle útil, me dijo:

—«¿No ha llegado hasta Vd el rumor de una conspiracion que se dice se está fraguando?»

—«Algo he oido, efectivamente, pero no lo creo, pues no existe en el pais ningun partido organizado á quien pueda interesar una conspiracion...»

—«Sin embargo, es prudente toda precaucion y espero que Vd. querrá ayudarme á descubrir si se conspira ó nó. Esto es, por el momento, mas importante para mí que los socialistas.»

—«Y quiénes pueden conspirar? ¿De quiénes Vd. sospecha?»

—«Voy á decirselo para que Vd. trabé relaciones con ellos y los vigile: apunte...»

«Tomé mi cartera de apuntes,—dijo Amiel hojeando una pequeña carterita que con los papeles habia colocado sobre la mesa, y cuando llegó á la hoja que buscaba la pasó á nuestro enviado, agregando: —«Y aquí teneis los nombres que me diera:

LEANDRO N. ALEM

MANUEL GOROSTIAGA

MANUEL LAINEZ (*El Diario*)

B. MITRE Y VEDIA (*La Nacion*)

ARISTÓBULO DEL VALLE.

—«Con el primero es con quien hay que tener mayor vigilancia, continuó el coronel, pues entre todos, es el único capaz de un movimiento armado.»

—«Está bien.—le respondí y me retiré.»

—Y qué hizo Vd.? preguntó ansioso nuestro enviado.

—No se apure Vd., contestó Amiel, y sabrá paso á paso como procedí.



Hubo un momento de silencio y mientras el uno, con la avidez consiguiente, esperaba la continuacion del relato, el otro organizaba sus ideas para continuarlo, como habia prometido. paso á paso.

—«Yo, que ya en el poco tiempo de residencia en esta capital habia podido estudiar la situacion, que en mis correrias habia pulsado el espíritu público, encontrando que hasta las piedras de las calles eran opositoras al gobierno, pensé, muy razonablemente, que no debia prestarme á los propósitos del jefe de policía, pues la situacion podía volcarse y yo quedar colgado.... No me gustaba la mision,

«En consecuencia, nada hice en el desempeño del cometido que se me confiara, y llamado por el jefe á su despacho á los seis á siete dias, me disculpé por motivos de salud el no haber dado cumplimiento á su deseo. Me recomendó nuevamente la vigilancia del Dr. Alem y, más por curiosidad, por conocer al hombre temido, me acerqué á él ofreciéndomele como ingeniero en el asunto de las obras de salubridad. En su presencia y una vez que pude estudiarlo brevemente, me convencí de que el coronel Capdevila tenía razon de temerle: es un hombre que á primera vista revela gran voluntad y gran energia.

«Pasé así aun algunos dias sin acercarme al jefe hasta que un nuevo llamado me hizo concurrir á su despacho: iba resuelto á presentar mi renuncia, pero luego cambié de opinion.

—«Y bien, qué ha hecho Vd.? Se conspira ó no en Buenos Aires? me preguntó el coronel.

—«Creo, señor, respondí, que nadie piensa en conspirar, aunque hasta los adoquines son opositores al gobierno.

—«Con que Vd. cree que no se conspira, eh? Está Vd. en un error.

—«Señor... si quereis que haya conspiracion y que los presuntos vayan á la cárcel, es bien sencillo...

—«Cómo? de qué manera?

—«Os he manifestado cual era mi plan para descubrir al socialismo, y para dar con los conspiradores es bien fácil. Yo me acercaré á todos los hombres que me habeis indicado, les diré que el órgano socialista que se va á fundar no tiene otro propósito que levantar las clases obreras contra el gobierno, me pondré en relacion con ellos, procuraré cartas ó tarjetas que serán otras tantas pruebas que podreis usar á vuestro antojo.

«El coronel permaneció en silencio por breves instantes y por fin me despidió reiterándome la orden de vigilar á los caballeros cuya lista habeis leído.



«Al retirarme sentí no haber presentado mi renuncia para quedar libre y poder entregarme á otros trabajos, pero determiné esperar algunos dias más, durante los cuales me acerqué al Ministro del Brasil, Sr. baron de Alencar, para obtener cartas de presentacion y emprender viaje nuevamente hacia aquel país cuya policia no puede ser más mala. El baron de Alencar accedió á mi solicitud y me embarqué para Rio Janeiro haciendo uso de algun dinero que para

mis correrías tras los socialistas y los conspiradores me había facilitado el jefe de policía.

«Al poco tiempo de encontrarme en Rio, sin poder alcanzar la realización de mis propósitos, un día recibí un periódico titulado *El Obrero*, editado aquí en Buenos Aires y más ó menos con el programa que yo había preparado para aquel que había propuesto al jefe de policía á fin de descubrir el socialismo y sus cabezas. Me decidí entonces á volver y en consecuencia le escribí al coronel Capdevila ofreciéndole mis servicios. El coronel aceptó inmediatamente mis ofrecimientos y me mandó regresar; pero para estar al abrigo de toda contingencia pedile una suma adelantada, la que me fué entregada por intermedio del ministro Sr. Enrique Moreno. El telegrama en que se pedía al Sr. Moreno se sirviera entregarme una suma de dinero, eseste, —dijo Amiel, tomando una fórmula de la agencia Havas de sobre la mesa.

«—¿Y cómo es posible creer que habiéndose ido Vd. á Rio, tan inusitadamente, debiendo dinero á la misma policía, el jefe le hiciera adelantar una nueva suma para que regresara?... Y Vd. con la experiencia de pesquisante y empleado de policía ¿no sospechó que tanta solicitud podia ser un lazo para atraparle?

«—No señor; el coronel aceptó ser mi cómplice en el complot de la conspiración, y, en tal caso, el dinero era lo de menos.... mientras yo viva seré un peligro para él.

«—No alcanzo á comprender la causa, desde que no me ha dicho Vd. si el Coronel Capdevila aceptó ó no el plan que le propusiera, para apoderarse de los que quería hacer pasar por conspiradores!

«—Efectivamente no me lo declaró; pero él

bien sabe que yo conocí cual era su propósito y también que no ignoro que á estas horas los caballeros de la lista que habeis leído son vigilados en todos los momentos y en todas partes: no dan un paso sin que la policia lo conozca.

—No me explico, sin embargo, el empeño que Vd. supone al coronel Capdevila, en *eliminarlo*, como Vd. dice.

—Oh, señor! sois demasiado sincero para creer estas cosas: no puede s siquiera imaginarlas. Permitidme continuar mi relato y vereis si tengo razon.

«Habia dicho que por intermedio del ministro Moreno me fué entregada una suma de dinero para regresar á Buenos Aires. Efectivamente, así lo hice con la esperanza de que una vez en esta capital me completara el coronel Capdevila, la cantidad que le había pedido para instalarme decentemente con mi señora.

«Una vez aquí me presenté en el despacho del jefe de policia, reanudamos nuestras relaciones y obtuve algun dinero más del que ya se me habia entregado: con él he podido instalarme como me veís en esta casa. Al presente debo al coronel Capdevila la suma de 2 640 pesos m/n.

—Como deuda de empleado, es una suma enorme!

—No os asusteis; es muy insignificante para lograr la complicidad de un hombre á quien se destina á grandes intrigas: mi secreto vale mucho más.

Continúo:

«Reanudadas mis relaciones con el coronel y despues de algunos dias de descanso, fuí llamado con urgencia á su casa particular, donde me dió orden de alojarme inmediatamente en

el *Hotel Britania*, calle de Tacuari al llegar á Victoria, y vigilar constantemente á un minero chileno, llamado Sepúlveda, y á otro individuo que le acompañaba. «Ese hombre,—agregó el coronel—es uno de los cabecillas de la conspiracion y ha llegado de Chile con un armamento».

«Sali del despacho; apresuradamente hice mi maleta de viaje y me dirigí al hotel que se me habia indicado, allí tomé una habitacion y traté de iniciar mis investigaciones para ponerme cerca de los que debia vigilar.



«Era una noche calurosa, nadie había quedado en las habitaciones, todos los habitantes del hotel habian salido buscando aire que respirar. Mi habitacion estaba situada en el segundo piso y, como todos, bajé al patio del hotel. Allí, cerca de una mesa se encontraban dos hombres bebiendo, los que inmediatamente llamaron mi atencion. Por su parte, pude observarlo, ellos tambien se fijaron en mí.

Cuando me les aproximé para pasar á otra mesa, uno de ellos, dirigiéndose á mi, exclamó:

—Qué calor hace en este pais! ... No se puede vivir!

Esta exclamacion me dió á entender que quien la lanzara era extranjero y desde aquel instante supuse que era mi hombre.

—Ah, mucho calor, exclamé á mi vez, y me dirigí á otra mesa, pero mi contestacion parece dióle autoridad para invitarme y así le hizo:

—Quiere Vd. acompañarnos á beber una copa de cerveza?

—Acepto, —contesté, no deseando perder aquella oportunidad para ponerme al habla con



ellos y ver si mi ojo policial se había engañado.

Acerqué una silla y sentándome cerca de ellos continué:

—Vds. que, según creo, son del país, no pueden sentir tanto el rigor de la estación como los que por primera vez llegamos del extranjero.

—«Nosotros también lo somos: yo chileno y el señor peruano.

—«En fin, Vds. son americanos; y en el Perú, que está sobre la línea ecuatorial, debe sentirse más que aquí el calor.

—«Hace poco que Vd. ha llegado?

—Si, señor; he venido por un negocio de minas, en misión, como ingeniero, de una empresa francesa.

—«Hombre, qué casualidad! . . . Nosotros también nos ocupamos en negocios de minas.

«Como comprendereis,—agregó Amiel dirigiéndose al reporter,—después de esta conversación yo no necesitaba saber más: chileno y minero, no podía ser otro aquel hombre que Sepúlveda, el que se me había ordenado vigilara.

«Sin embargo, no se que extraño presentimiento me hacía desconfiar de aquellos dos hombres, pues me parecía extraordinariamente casual que apenas llegara al hotel me encontrara con ellos á boca de jarro; me invitaran á beber, entablaran relación y se me declararían mineros y el uno á más, chileno, esto es, que desde el primer momento tuviera en mis oídos á quienes se me había confiado vigilar. Verdad es que me di maña para alcanzar mi propósito, llamándome ingeniero de minas, pero las exterioridades de aquellos hombres, la invitación que me hicieran á beber y otros pequeños detalles, llenaron de recelo mi espíritu.

«Por primera vez cruzó por mi pensamiento una idea funesta, pero no sabía darme cabal cuenta de ella, pues temía y no sabía por qué: tenía el presentimiento de algo que me sería fatal... Tuve miedo, lo confieso.



«Esa misma noche, media hora despues de separarnos, sin que perdiera de vista á los mineros, teniendo ya la certidumbre de que uno de ellos era Sepulveda, salieron ellos por la calle Tacuarí con rumbo al Norte.

«Yo debía seguirlos; era mi mision.

«Apenas me dispuse á correr tras ellos, dos individuos mal entrazados, de chambergo, bota, ponchito al brazo, se me presentaron en la vereda de enfrente del hotel, los que inmediatamente llamaron mi atencion, pues aquel traje me era ya muy conocido: es el uniforme de la policia secreta. Verlos y asaltarme nuevamente los temores y dudas que momentos antes me habian hecho su presa, fué todo uno. Desconfié de aquellos hombres, aun cuando, como superior, sabía que habían de ayudarme en cualquier ligro que me el contrará,

«Haciendo esfuerzos por desechar los pensamientos que se agolpaban á mi cabeza y desoyendo una voz interior que me decia no continuara mi empresa seguí á los mineros una, dos, tres, diez, quince y mas cuadras, pero cuando observé que se dirigían hácia las atueras de la poblacion, paré en mi pesquisa, obedeciendo tal vez al instinto de conservacion, como el caballo que se detiene de pronto en su carrera ante los peligros de un precipicio

«Allí, en una esquina, muy cercana ya de la

Recoleta, sin dar un paso ni para atrás ni para adelante, absorto en negros pensamientos, sintiéndome temblar, permanecí por largo tiempo.

«¿Por qué, estando acostumbrado á afrontar toda clase de peligros, me detenía de esta manera sin atreverme ni á avanzar ni á retroceder? ¿Por qué tantas dudas y recelos asaltaban mi espíritu? ¿Cuál era el peligro tan inminente que me amenazaba, ofuscando mi cerebro y haciendo latir con violencia mi corazón? No lo sabía; pero sí que el miedo me había hecho su presa.

«Un esfuerzo de voluntad me volvió el dominio de mi mismo y traté de desandar el camino hecho, mas apenas hube llegado á la esquina ví á dos hombres que precipitadamente se alejaban. Los sobresaltos de mi espíritu me hicieron ver en ellos á los que no hacía mucho habían llamado mi atención frente al hotel.



«A las once próximamente llegué á mi alojamiento, y en toda la noche, á pesar del cansancio que embargaba todo mi cuerpo, pegué los ojos; no pude dormir, atormentado por mis presentimientos, que á cada instante se presentaban mas claros, mas precisos. En el primer momento temblé sin saber porqué, me sentí amenazado despues y, por fin, agrupando mis ideas y ordenándolas, me pareció que se descorría el velo misterioso que mi inteligencia no había logrado penetrar.

«Esperaba con ansiedad el nuevo dia, pareciéndome cada hora un siglo, para abandonar el hotel y tambien la pesquisa que se me había confiado, pues estaba convencido que insistir en ella me seria fatal.

«Apenas amaneció me dirigí á la puerta del hotel y lo primero que se presentó á mi vista fueron aquellos dos hombres de la noche anterior, con el chambergo sobre los ojos, el poncho al cuello y sus botas salpicadas de barro. La luz, la afluencia de gentes en las calles, el movimiento de esta gran ciudad al comenzar el nuevo día, semejando al despertar de un gigante, infundióme valor, devolviéndome la serenidad perdida.

«Resolví entonces convencerme si aquellos dos hombres pertenecían á la policía secreta y cual era su misión cerca del hotel. En consecuencia me dirigí sin vacilar, á uno de ellos, instándolo á beber en la confitería de la esquina de Victoria.

—No puedo me contestó

—Y por qué? pregunté.

—Porque espero el tramway que viene para irme.

«Efectivamente el tramway llegaba y si con él se marchaba aquel hombre, veía mis propósitos defraudados. Saqué entonces del bolsillo una tarjeta que veis aquí,—dijo Amiel, enseñándomela,—y cuando la hubo reconocido y en mí al superior se puso á mis órdenes.

«Entramos á la confitería, pedí que me sirvieran que beber y en seguida abordé aquel hombre.

—Ya sabía que estaban aquí... El comisario Otamendi me dijo que me enviaría dos hombres de su confianza.

—Si; estamos desde ayer tarde; pero á las órdenes de los oficiales que se han quedado en el hotel.

—«Ya les he visto y he conversado con ellos. Anoche no quise seguirlos porque era inútil,

pues el hombre se nos había escapado en las primeras cuadras.

—Así ha de haber sucedido, según la conversación que les he escuchado.

—Y tanto caminar, sin resultado!

—Nosotros llegamos hasta la Recoleta — donde estaban los oficiales, y allí nos dieron orden de regresar.

«Esta ligera conversación vino á confirmar todos los recelos que me habían asaltado la noche anterior: el vigilado era yo y el alejarme de la población durante la noche, haciendo que siguiera al titulado Sepúlveda, me hizo pensar, muy cuerdamente, que el coronel Capdevila necesitaba *eliminar*me.

«Así pensando, me retiré tan pronto como pude de la compañía de aquel hombre y burlando su vigilancia me retiré á este escondite de donde no he salido apesar de los repetidos llamados del coronel Capdevila y del comisario Otamendi, pues me asiste el más profundo convencimiento de los propósitos que se abrigan á mi respecto....

«Estais, pues, enterado de lo que me ocurre y si mañana ó pasado os llega la noticia de mi *muerte*, podeis decir á vuestros lectores las verdaderas causas de este suceso.

Quedó un momento en silencio y luego agregó:

—Creedme; moriré asesinado. Y juro ante Dios y por mi esposa y mi hija, que es verdad cuanto os he dicho.»

El reporter volvió á dudar de si se hallaba frente á un loco.

Este juramento, sin embargo, fué expresado con tanta verdad, con tanto sentimiento, con tanta sinceridad, que al escucharlo se vacilaba

nuevamente, pues la lucidez con que aquel hombre hiciera su exposicion, recordando hasta los menores detalles, no autorizaba á sospechar de sus facultades mentales.

Nuestro enviado, sin embargo, resistiéndose á creer lo que habia oido y menos aún la última parte del relato con las consecuencias apuntadas por Amiel, dijo:

—Creo, Mr. Amiel, que está V. excitado y llega en su exaltacion á conclusiones temerarias. Me resisto á creer que se trame ó se haya tramado contra V. un complot para *eliminarlo*, como V. dice.

—No lo crea V., pero es la verdad, toda la verdad.

—A pesar de cuanto le he oido no me explico, sin embargo, la razon, el motivo, la causa para que se le quiera hacer desaparecer á V.

—Os vuelvo á repetir, sois muy sincero para explicaros estas cosas.

«Escuchadme: y poned atencion á lo que os voy á decir.



—«El coronel Capdevila quiere nombre, lustre y resonancia, esto por un lado; y por otro, ser el árbitro de la situacion, el hombre necesario, sin el cual ella no sea posible. El ha preparado la atmósfera que respiramos. él ha esparcido la voz de que existe una conspiracion y todo el mundo habla del asunto. El agita la policia en busca de los conspiradores y él lleva la alarma á los cuarteles, haciendo dormir á las tropas con el arma al brazo. Esta situacion no puede prolongarse, es insostenible, pues día mas ó día menos la calma tiene que volver.

«El sabe que yo sé cuales son sus propósitos, y por consiguiente soy para él un hombre peligroso que puede en un momento dado descubrir sus planes y cubrirle de ridículo. Mi eliminación, pues, le es necesaria y con ella obtendría un doble resultado: primero, la desaparición de un peligro; y segundo evidenciar la conspiración.

«Figuraos que la noche aquella en que seguía al falso Sepúlveda hubiera sido asesinado allá, cerca de la Recoleta y muy próximo á una casa de mal aspecto en donde de antemano se colocarán algunos fusiles, puñales, bombas orsini, dinamita, etc., etc., todo en completo desorden y tambien algunos papeles misteriosos con algunos nombres, los mismos que ya conoceis, por ejemplo.

«Mi cadáver, acribillado de heridas de arma blanca, hubiera sido encontrado al dia siguiente por algun vecino, no por la policía, el que apresuradamente hubiera dado cuenta del funebre hallazgo á la autoridad policial á fin de que practicara las pesquisas del caso para llegar hasta los autores del misterioso crimen.

«La policia constata que la víctima es Marío Amiel, empleado de la misma, y que desde el sitio en que se encontrara el cadáver hasta la casa de mal aspecto, á que he hecho referencia, había sido observado un reguero de sangre. Los diarios oficiales, ajenos á todo este bien pensado plan, hubieran dicho al día siguiente del encuentro:

« **ASESINATO MISTERIOSO DE UN EMPLEADO POLICIAL**—En las primeras horas del dia de ayer  
 « la policía tuvo conocimiento, por un vecino,  
 « de que allá cerca de la Recoleta se encontra-

« ba en la via pública, un cadáver acribillado  
« de heridas.

« La pesquisa se inició inmediatamente, lo-  
« grando saber en el primer momento, por los  
« papeles que se encontraron, que la vícti-  
« ma es Mr. Mario Amiel, habilísimo pesqui-  
« sante francés, al servicio de nuestra policia, á  
« quien se le había confiado una mision de la  
« mas alta importancia.

« Ha llamado la atencion la circunstancia de  
« haberse encontrado un reguero de sangre  
« desde el sitio en que el cadáver fué hallado  
« hasta una casa de mal aspecto que, se dice,  
« hace mucho se encuentra desocupada.

« No adelantamos otros detalles por no en-  
« torpecer la accion policial que tal vez con es-  
« te crimen llegue al descubrimiento de ALGO  
« sobre lo que, por hoy, guardamos reserva.»

«Como Vd. comprende, continuó Amiel, esta noticia de los diarios, habilmente puesta en circulacion al mismo tiempo que algunos otros rumores misteriosos sobre el asunto, hubiera autorizado al coronel Capdevila para llevar la alarma á todas partes y la policia y los cuarteles bubieran tenido que velar con el arma al brazo.

«Continuando la pesquisa policial, en medio de los rumores más extraordinarios y alarman-tes, dando lugar á todo género de conjeturas, la autoridad creería que debía penetrar en aquella casa de mal aspecto, existiendo vehe-mentes sospechas de que en ella se ocultaran los criminales.

«Los reporters, sedientos de acontecimientos de sensacion, hubieran ingeniado el medio de acompañar en su pesquisa al comisario encar-gado de descubrir á los autores del crimen, y

con él entrarían á la misteriosa casa, haciendo en ella el hallazgo de armas, bombas, dinamita etc., y luego los papeles aquellos de que os he hablado.

«Y aquí teneis explicado el misterioso asesinato del hábil pesquisante Mario Amiel á quien se le habia confiado el descubrimiento de la conspiracion de que la policia *habia logrado* tener conocimiento: los conspiradores, viéndose descubiertos, hicieron pagar con la vida el celo de tan hábil como ejemplar empleado!

«La farsa no hubiera podido ser más completa y los reporters que con sus propios ojos habrian visto y palpado con sus propias manos las armas ¡que no hubieran dicho! ¡cuantas cosas no hubieran bordado respecto al asunto! Y ellos mismos habrian contribuido á justificar las medidas que se hubieran adoptado: el *estado de sitio* en primer término, luego la prision de las personas cuyos nombres figuraran en los papeles encontrados y, por último, clausura de los diarios independientes!

«En suma: la conspiracion descubierta, todo peligro conjurado y el coronel Capdevila dueño absoluto de la situacion, el único en quien el Jefe del Estado podria confiar!

—Son horribles, Mr. Amiel,—dijo el reporter,—las suposiciones que ha manifestado y, como antes, me resisto á pensar que tales propósitos se hayan abrigado ni siquiera por un instante! Yo creo al coronel Capdevila un hombre mortificado por desmedidas ambiciones, pero que jamás recurrirá á estos medios para verlas satisfechas.

—Comprendo, agregó Amiel, que Vd. no piense como yo, que no crea que mis suposi-

nes sean exactas: pero yo estoy convencido de que seré eliminado si los ministros de Francia y del Brasil no me prestan su proteccion para salir del pais....



Con la última palabra de Amiel sonó violentamente el llamador de la puerta de calle y llegaban hasta dentro los rumores de un agitado diálogo. El pesquisante, sin alarmarse y con la mayor tranquilidad del mundo, apesar de los temores manifestados, preguntó al reporter.

—¿Habeis prevenido á alguien de que veniais á esta entrevista?

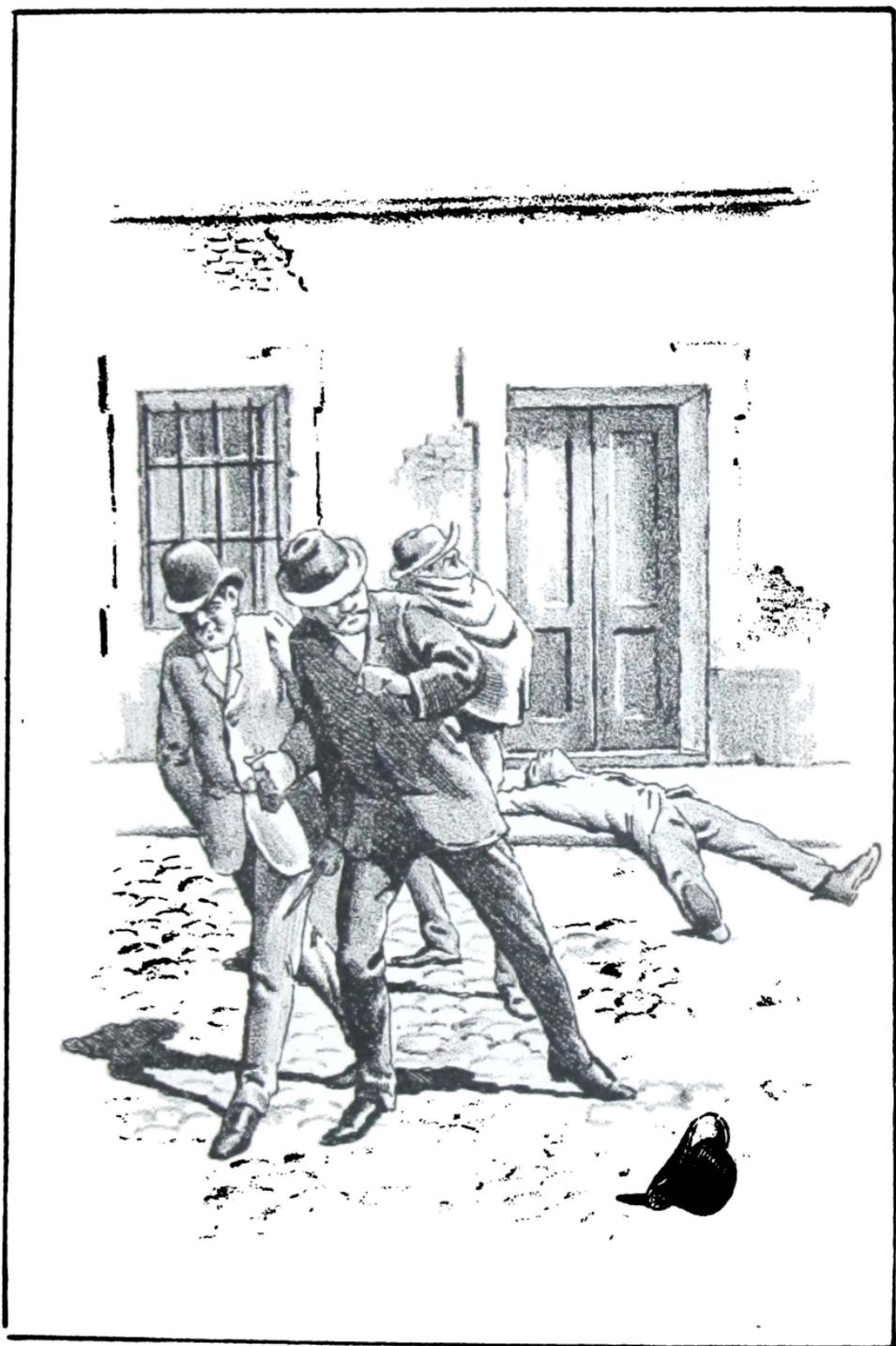
—Efectivamente;—respondió aquel y mirando al reloj, agregó:—previne al cochero que si en el término de una hora no salía de esta casa, diera aviso á la imprenta, pues creíamos que la cita recibida podría ser una celada de la policía, y ya son más de dos horas que me encuentro conversando con Vd.

—Entonces los que han llamado vienen á vuestro encuentro.

Amiel no se engañó: eran dos compañeros de redaccion que, alarmados por el aviso del cochero, se habian trasladado á la casa del pesquisante francés á inquirir noticias. Tranquilizados por el mismo reporter, se retiraron y entonces Amiel continuó:

—Tanto al ministro de Francia como al ministro del Brasil he demandado proteccion para salir cuanto antes de aquí, espresándoles mis temores.

«Entre tanto y para el caso que ella no se me dispense, he tomado algunas medidas que tal vez detenga en sus planes á mi perseguidor.



«Todo cuanto os he dicho, circunstanciadamente escrito, con fotografías de los telegramas, cartas y billetes referentes al asunto, está ya en viaje á Europa con destino á *Le Temps* y *Le Figaro* de Paris y *The Times* de Lóndres. Acompaño estos pliegos con una carta á los directores de esos diarios autorizándolos á abrirlas si dentro de dos meses no se presenta una persona que tendrá que pronunciar una palabra secreta para ser reconocido como dueño, y para darles publicidad.

«Esta medida de precaucion adoptada por mí, la conoce ya el coronel Capdevila á quien se la comuniqué por carta á fin de que desista de sus planes y me deje salir de Buenos Aires cuanto antes, que es lo que deseo para mi tranquilidad.

«Estais pues, enterado de mi situacion; sabeis que estoy seriamente amenazado por el coronel Capdevila; sois dueño de un secreto de la mayor importancia para vuestro diario y en cambio lo que solicito es bien poca cosa, la verdad, toda la verdad, en el caso de que llegara á ocurrirme una desgracia.

—Ahora como antes, creo que nadie le impedirá salir del país y que sus temores no tienen razon de ser.

—Lo veremos...

—Tiene Vd. algo que agregar?... Desea Vd? . . .

— Absolutamente nada, por el momento; pero si los ministros Alencar y Rouvier no me protejen entonces sí me verá obligado á molestaros nuevamente. Os agradecería, sin embargo, que me hiciérais una nueva visita mañana, pues tal vez tenga que deciros algunas otras cosas

de importancia ó daros algun documento para publicar.



Así terminó la entrevista con Amiel, y despues de haberle prometido el réporter, volver al día siguiente, se retiró de aquella casa llevando la agitacion y la duda en su espíritu.

—¿Será este, Mr. Amiel, un gran pillo al servicio de propósitos que no alcanzo, ó será un loco que se ha propuesto divertirse con nosotros?—se interrogaba el reporter al salir de su presencia.—Habrá algo de verdad en tan extraño como inverosimil relato? ¿No será esta una celada para hacernos caer en una acusacion si llegamos á darle publicidad, ó querrá este hombre ganarse nuestra confianza para llegar á saber positivamente si se conspira ó nó? En fin, sea lo que fuere, es necesario poner sobre aviso á Alem, Gorostiaga, Mitre, Lainez y Del Valle, dándoles noticia de esta entrevista.

Y asi pensando, se dirigió el reporter á la casa del Dr. Alem, encontrando en el camino en la esquina de Cuyo y Callao, al señor Manuel Gorostiaga que, ajeno á lo que pasaba, se dirigía á *conspirar* (!) á Palermo.

—Acabo de tener una conferencia con un ex-empleado de policía,—díjole el reporter— en la que me ha hecho revelaciones increíbles... Voy ahora á la casa de Alem y él, más tarde, cuando Vd. regrese, le dirá lo que pasa.

—Es algo grave?

—No lo creo, pero es bueno que esté sobre aviso.

Se despidieron y el reporter, poco despues, hacia al Dr. Alem una circunstanciada relacion

de todo cuanto habia escuchado de lábios de Amiel.

—¿Amiel —preguntó Alem—no es un hombre bajo, de patillitas, francés, que habla español, así como de unos treinta y cinco á cuarenta años, muy correcto y muy locuaz?

—Más ó menos esas son sus señas.

—Pues entonces es el mismo que se me presentara ofreciéndome sus servicios como ingeniero para las obras de salubridad.

—El así me lo dijo; y tambien que con el solo propósito de conocer al hombre á quien tanto temía el coronel Capdevila.

—Hombre... á mi no me estraña lo que se refiere á la vigilancia que se le recomendará á mi respecto, pues he tenido más de una oportunidad para observar que soy seguido á todas partes, que no doy un paso sin ser escoltado por gentes sospechosas. Cuando he podido notar esta vigilancia, no me la he explicado, pues bien saben que estoy ageno á la política y que si figuro en la oposicion, como todo el país, no tomo parte activa en la lucha porque no hay partidos políticos organizados. No sé que se proponen ni me preocupo tampoco, pero agradezco el aviso que Vd. me dá por lo que pudiera suceder.

La misma conversacion, con ligeras cambiantes, tuvo el reporter con el Sr. Mitre y con el Sr. Lainez, opinando este último. con su clarividencia, que el tal Amiel no era sino un gran pillo, desechando la idea de dar á la publicidad el relato del ex-empleado del coronel Capdevila.

—Es un pillo,—dijo Lainez,—que nos quiere sacar dinero como se lo ha sacado á Capdevila.

## III

## La documentacion

Dos dias despues de la entrevista celebrada se recibia en la imprenta de *El Diario* una nueva carta con su *confidentiel* en el ángulo superior izquierdo en caractères rojos, como la primera en que Amiel diera la cita. Esta nueva carta era tambien de Amiel y textualmente traducida decia:

Buenos Aires, el..... Enero 1890.

Señor:

El sábado último tuve el honor de escribiros y cerca de las 4 de la tarde del mismo día tuvisteis á bien acceder á mi demanda, enviando á mi casa una persona de toda vuestra confianza (así yo lo creo). Yo le he explicado á ese señor cual es mi situacion actual frente á frente de la policia de Buenos Aires y cuales son mis creencias. El tiempo ha faltado, sin embargo, para podirle leer á ese señor todas las cartas, por órden de fechas, que hacen la verdad histórica de mis funestas relaciones con el señor Capde-

vila, Otamendi y tambien con el señor F. Astigueta.

Lo que me prueba una vez más que tengo razon de *creer todo* de esas gentes, es que el caballero que enviasteis, creyendo que mi letra fuera un *piege* de la policia, creyó debèr tomar sus precauciones antes de venir á mi casa. El ha debido darse cuenta de la verdad, pero si acaso subsiste en su espíritu la menor duda, el puede acercarse á la legacion de Francia y Mr. Rouvier, ministro, le dirá si es verdad que le he escrito solicitando su proteccion primero y su intervencion despues.

El señor ministro mandó á mi casa al Sr. de Labordère á quien conté con todos los detalles la celada de que fuí victima. Afortunadamente no pudieron llevar á cabo el proyecto que habian concebido referente al hotel Britannia, en primer lugar porque desconfié de ellos y en segundo porque me sobra olfato para evitar las emboscadas que se me praparen—*pude hacerles perder la pista à tiempo.*

La persona que me hicisteis el favor de mandarme, al despedirse me dijo que volvería al dia siguiente (domingo) para darme una contestacion, pero no vino como tampoco lo he visto hoy ni ayer (lunes y mártes), Me pregunto á mí mismo si el terror que inspirò en el dia de hoy *la primera policia del mundo* es causa de lo sucedido; sin embargo, la confianza ilimitada que tengo en él, creo que me merece una contestacion.

Mi situacion es de las más críticas y queriendo salir de ella con la mayor prontitud posible, y por no importa que medio, me permito, aunque no tengo el honor de ser conocido vuestro, solicitar de vuestra benevolencia los

medios que me son indispensables para regresar á Francia.

El mobiliario y demás objetos que se hallan en mi casa, me han costado 1,230 pesos; vendiéndolos á un negociante de muebles ó aunque fuera á un particular, á buen seguro no obtendría ni la mitad de dicha suma, sobre todo teniendo que forzar la venta por la falta de tiempo, pues me urge mucho el embarcarme; sin contar que si vendo los muebles me los sacarán de casa y tendré que ir á una fonda tres ó cuatro días para esperar la salida del vapor en que deba embarcarme, situacion que facilitaría mucho la tarea que se han impuesto los asesinos; para evitar el ser víctima de sus maquinaciones me es necesario ir desde mi casa á bordo y aun acompañado de varias personas, entre ellas un empleado de la legacion de Francia (lo cual me han ofrecido ya).

Hé aquí, señor, lo que tengo el honor de solicitar de vos y lo que os ruego querais concederme, aunque no sea más que en recuerdo de no haber querido cumplir la orden que recibí de procurar captarme vuestra confianza, lo mismo que la de los demás personajes de la oposicion. Proponeros la creacion de un diario obrero hubiera sido con objeto de traicionaros: he dejado pasar tiempo y no dí cumplimiento á la orden; os consta, pues no me habeis visto nunca y yo por mi parte no conozco los rasgos de vuestra fisonomia.

Podría dejar instalada en mi domicilio á la persona que vos me designareis la cual no despertaría sospecha alguna. Yo la entregaria un recibo por la suma de... valor de los muebles, utensilios, etc

Para efectuar mi viaje necesito 2.500 francos

(500 pesos oro). Dos pasajes para mí y mi mujer y algunos otros gastos.

Un mes despues de mi llegada á Francia, yo os mandaria esta suma, deducion hecha de lo que hubiera producido la venta de los muebles, si se hubieran vendido.

Concediéndome lo que solicito de vos, me habréis prestado, señor, uno de esos servicios que forman época en la vida de un hombre; tanto yo como mi mujer y mi hija os lo agradeceremos eternamente, puesto que me habreis facilitado los medios de escapar de las garras de estos bandidos y de poder vengarme, porque aun cuando no soy corso, no olvido ni el mal ni el bien que se me hace. Me propongo firmemente, en cuanto llegue á Paris, si algun dia tengo esta fortuna, desenmascarar ánte el mundo entero, por medio de los diarios y de folletos, lo que valen los hombres que hoy rigen los destinos del noble pueblo argentino, que merece algo mejor.

Para vos, señor, que sois rico, esta suma es insignificante, no es absolutamente nada; para mi es la libertad; es la vida para mi y los míos!

Si todos los papeles que poseo sobre este asunto tan tenebroso pueden seros útiles para despues de mi marcha, os los entregaré con el mayor gusto. Son los originales pero yo me llevaré fotografias y copias de todo cuanto me ha de servir para mis publicaciones ulteriores. No necesito, por creerlo inútil, deciros, bajo juramento, que nadie sabrá que sois vos quien me haya facilitado los medios de partir, si tal es vuestro deseo.

Me atrevo á esperar que tomareis mi solicitud en seria consideracion y que os dignareis honrarme con una contestacion.

Quered, señor, aceptar por anticipado mis más sinceros sentimientos de gratitud, al propio tiempo que la seguridad de mi consideracion más distinguida.

*Mario G. L. Amiel.*

Pasage Huergo núm. 6. Rivadavia entre los números 2186 y 2188.

Al pié de la carta que transcribimos, vá escrita en caracteres rojos la siguiente postdata:

«P. S.—Si de aquí al día de mi marcha me acaeciera alguna *desgracia*, os autorizo, señor, para publicar esta carta lo propio que todo lo que conté á la persona que vino á verme de vuestra parte y os juro ante Dios que todo cuanto le dije es la expresion de la verdad».

Antes de la firma, escrita en tinta distinta, de modo que se vé claramente que se ha interlineado en el texto, hay la siguiente frase: «y mi mujer os entregará el paquete de los papeles.»

*Mario G. L. Amiel.*

—No le dije—exclamó Lainez dirigiéndose al reporter—que el tal Mr. Amiel se proponia fumarnos en 2500 francos como ha fumado á Capdevila en 2640 pesos! Y agregó: «No le conteste ni vaya á verlo, pues en todo esto puede encerrarse algún otro propósito.»

★★  
★

Transcurridos algunos dias sin tener otras noticias del tal Amiel y sin encontrar en los diarios informe alguno sobre su *asesinato*, que tanto temia, una mañana recibimos un grueso paquete y una vez que rompimos su sobre nos

hallamos con nuevas del pesquisante francés. Era un billete adjuntando tres notas, cópias de las que había dirigido al coronel Capdevila y Ministros de Francia y del Brasil. En el billete, se nos pedía la devolucion de las cartas que nos habia enviado, á lo que no accedimos, para estar á cubierto de cualquier intriga, sin pensar jamás en su publicacion, pues son éstas armas vedadas de fuente impura, de que no debe echarse mano, por más que, en nuestra opinion, el coronel Capdevila en el desempeño de su puesto se ha hecho acreedor á represalias de cualquier naturaleza. El funcionario público que, como el coronel Capdevila, pierde el respeto debido á la opinion pública, que todo lo avasalla á sus ambiciones personales, está fuera de la ley y no pueden alcanzarle las consideraciones que se deben al que cumple honradamente sus deberes.

Pero . . . sigamos nuestra historieta.

La devolucion de los papeles y cartas que nos habia enviado, nos la pedia Amiel porq̄e Mr. Laborde, de la Legacion de Francia, había obtenido ya del coronel Capdevila lo que aquel solicitara, esto es, el permiso necesario para ausentarse del pais y las garantías de que no seria molestado.

Conviene á nuestro relato la publicacion de las notas que recibimos de Amiel y que son las siguientes:

Buenos Aires, Enero 16 de 1890.

*Señor Ch. Rouvier, Ministro de Francia en Buenos Aires.*

Señor Ministro.

Tuve ya el honor de escribiros solicitando vuestra proteccion en calidad de ciudadano

francés; os rogaba tambien, quisierais hacerme el favor de enviarme una persona para que yo pudiera entregarle ciertos papeles y declarar ante ella quienes son las personas que han urdido el complot para hacerme desaparecer (se trata de *un guet-à-pens*, porque yo había salido de Buenos Aires, estaba en Rio Janeiro, desde donde debia embarcarme para Europa y me hicieron volver: no debo ni puedo estampar aquí nombres propios; queria por medio de mi declaracion que supierais para el caso de que me sucediera alguna desgracia ó algun accidente de donde habia partido el golpe y que no pudieran sofocar la cosa. La cópia de mis dos cartas, la primera de fecha 14 de Enero y de esta, probarán que yo os habia puesto al corriente de mi situacion y que habeis dejado obrar á esa gente.

Acaso os figurais que estoy loco? Desengaños señor Ministro, estoy en el uso mas perfecto de mis facultades intelectuales y si quereis convenceros de ello, podeis mandar una persona á mi casa donde mi mujer podrá confirmarle que no soy ni un loco ni un maniático de las persecuciones. Yo he padecido el error de pensar por un momento que la policia se hacia hoy en Buenos Aires con la misma honradez que en Francia y por esto les ofrací mis servicios que no fueron aceptados más que para... perderme.

No puedo salir de casa —y tengo el honor de solicitar por última vez que me hagais el favor de mandar una persona á mi casa, á quien pueda confiar este asunto. Despues suceda lo que suceda sabeis á que ateneros.

Soy, con el mas profundo respeto, señor

Ministro, vuestro humilde y afectuoso servidor.

*Mario G. L. Amiel.*

Pasaje Huergo núm. 6.—Rivadavia entre los números 2186 y 2188.

Buenos Aires, Junio 16 de 1890.

*Sr. Baron de Alencar, Ministro del Brasil.*

Señor Ministro: No quiero seros importuno refiriéndoos detalladamente las causas que me obligan en absoluto á partir de este país y volverme á Francia, me limitaré á deciros lo que ya en una carta fechada en 30 de Agosto de 1889 os decía, es decir, que comprendía que procuraban asesinar-me, etc. He conservado cuidadosamente la copia de aquella carta así como otros muchos papeles que en un momento dado servirán sin duda alguna para aclarar la verdad,

Hoy se trama un complot contra mí: me tienen varias celadas. En Agosto de 1889 tomé mis precauciones pero no tan completas como ahora. Esta vez hé aprovechado mi estancia en Rio Janeiro para hacer fotografiar cartas y documentos, de modo que si de aquí á la época de mi partida para Francia me sucede el menor accidente, todo se publicará pues con este objeto mandé cópias á Paris y á Londres.

Tengo la prueba evidente de que se trama un complot contra mí, encaminado á perderme de un modo ú otro.

Os ruego, señor Ministro, que tengais á bien prestarme un inmenso servicio: que me presteis 1000 francos (200 pesos oro) para poder llevar á cabo mi regreso á Francia, comprome-

tiéndome bajo mi palabra de honor á reembolsaros esta suma en cuanto llegue á Paris.

Si me tomo la libertad de dirigirme á vos en tales circunstancias, es porque siempre me habeis dado muestras de distincion, de *cierta benevolencia desde el primer dia que tuve el honor de estar en relaciones con vos*; sobre todo despues de mi regreso del Brasil—tengo casi el don de segunda vista y he podido comprender y apreciar todas vuestras bondades para mí. Asi creed, señor Ministro, que no soy un ingrato y sé devolver con usura el *bien* que se me hace.

Sabiendo que si salgo de mi casa aunque sea en pleno día *on me fera ma petite affaire*, no saldré de ella hasta el momento en que pueda embarcarme y entonces procuraré ir acompañado de amigos y de una persona de carácter oficial perteneciente á una legacion;—es inútil afrontar el peligro con la certidumbre de no poder defenderse, y este es mi caso.

No puedo, pues, ir á vuestra casa, por lo que os ruego, señor Ministro, que os digneis honrarme con una contestacion. Vuestra deferencia me indicará suficientemente que podeis acordarme el servicio que os he pedido y que yo no me he engañado.

Soy con el mas profundo respeto, señor Ministro, vuestro afectísimo servidor.

*Mario G. L. Amiel.*

Passage Huergo N° 6—Rivadavia entre los números 2186 y 2188.

---

Buenos Aires Enero 21 de 1890.

*Señor Coronel, Jefe de Policia, D. Alberto Capdevila.*

Señor Jefe:

El día 14 del presente, he tenido el honor de escribir á Vd, informándole que no podía más seguir siendo empleado; los motivos iban expuestos en dicha carta. Queriendo volver á Francia inmediatamente, pero debiéndole la cantidad de 2,640 pesos nacionales, solicitaba su autorizacion para embarcarme y prometía á Vd., bajo *mi palabra de honor*, devolver esta cantidad dentro de cuatro meses, el tiempo de poder vender una propiedad.

A esta carta no he recibido ninguna contestacion, sin embargo de haber solicitado y obtenido la promesa del señor Ministro de Francia, D. Carlos Rouvier, de conseguir un arreglo para que yo pueda regresar á Francia—ignoro si ha visto á Vd.

Suplico á Vd. se sirva darme una contestacion, que sepa á qué atenerme. Quiero irme a fin de mes; al no recibir una contestacion de aquí al lunes próximo, consideraré que no quiere Vd. que salga del país. sin haber pagado la suma que recibí como adelanto de sueldo; no tendré mas recurso que implorar la benevolencia del señor Vice-Presidente de la República, Dr. Carlos Pellegrini, encargado del Poder Ejecutivo Nacional, ó pedir á la colonia francesa que abra una suscripcion para poder devolver ese dinero. Estoy dispuesto á todo antes de quedarme aquí, en las condiciones que Vd. sabe.

Soy siempre con el mayor respeto su muy atento y seguro servidor.

*Mario G. L. Amiel.*

---

En presencia de documentos de esta naturaleza, preguntamos al lector, ¿quién se hubiera atrevido á dudar de la palabra de Amiel? ¿No son estas, piezas convincentes que atestiguan cuanto dijera al reporter en su entrevista?

## IV

**Un anónimo**

Pocas horas despues de recibidos estos documentos en la imprenta de *El Diario*, el reporter, sin pensar como Lainez, volvía á su casa en busca del descanso, acosado su espíritu por mil dudas respecto al famoso Amiel, sin alcanzar una esplicacion que le satisficiera.

Amiel había documentado su exposicion; habiale mostrado cartas, documentòs, billetes, telegramas, todo con órden y en perfecto acuerdo con su relato; no había incurrido en una contradiccion que pudiera despertar la duda ó la sospecha, y entonces ¿porqué no creerle? ¿porqué dudar?

Sin embargo, y apesar de todo, una voz interior deciale al reporter que aquel hombre era un pillo y un pillo de la peor especie.... con talento, con mucho talento.

Embargado por estas reflexiones llegó á su

vivienda y se disponia á sentarse á la mesa cuando acertó á llegar un amigo íntimo del reporter, todo agitado, preguntando por él, y de tal manera sobresaltado que llevó la alarma á toda la familia.

—¿Qué hay? ¿que sucede? preguntó el reporter, pensando que su amigo fuera víctima de alguna desgracia.

—Nada, nada. . pero tengo que hablarte.

—Bien, vamos á hablar; pero serénate...

—Tú has tenido una conferencia con un empleado de policia? preguntó sin escuchar lo que se le habia dicho.

—Si, es cierto, ¿Y tú como lo sabes?

—Ese hombre te entregó algunos papeles?...

—No, ninguno; pero tengo los que hoy mismo remitió á la imprenta.

—Piensas hacer alguna publicacion sobre esa entrevista?

—No; porque Lainez cree que en este asunto puede encerrarse una intriga.... Pero, ¿cómo sabes todas estas cosas? ¿Quien te las ha dicho?

—Hacen bien; no publiquen nada, ni una sola línea...

—Y por qué? interrogó el reporter interrumpiéndole.

—Por que si Vdes. llegan á publicar algo de este asunto, serian víctimas de su propia temeridad.

—No te entiendo y si no te esplicas....

—Toma y lee este billete, respondió, desdoblado un pequeño papel que entregó á su amigo.

Lo tomó y leyó:

« Señor: No tengo el gusto de conoceros pero sé que sois amigo íntimo de X...y que le esti-

« mais. Su vida se encuentra en peligro y  
 « advertiros me parece un deber de conciencia.  
 « El ha celebrado una conferencia peligrosísi-  
 « ma con un ex-empleado de policía secreta  
 « y retiene en su poder documentos que en un  
 « momento dado pueden comprometerle since-  
 « ramente. Si él da publicidad á la entrevista  
 « que tuviera con el ex-empleado de policía  
 « tendrá que salir del país, si antes no le ha-  
 « cen.... pagar cara su temeridad. Aconse-  
 « jadle que no publique una línea sobre este  
 « asunto y que destruya por el fuego esos do-  
 « cumentos que conserva.

UN AMIGO.»

—Que opinas de este anónimo?

—Hombre.... no sé que opinar á ese respec-  
 to, pero sí que la entrevista con el tal Amiel, me  
 va á dar más de un dolor de cabeza.

—Harás alguna publicacion?

—Absolutamente!

—Y porqué no quemas los papeles que sobre  
 este asunto tienes?

—Eso si que nó; no los quemo y los conser-  
 varé; pues algun día pueden hacerme falta.

—Puedes hacer lo que quieras pero yo te  
 aconsejaría que los quemases.

Al consejo dado siguió un momento de silen-  
 cio que fué interrumpido por el reporter, pre-  
 guntando:

—¿Por la letra no conoces quien pueda ser  
 el amigo incógnico que te ha enviado ese anó-  
 nimo?

—Antes de venir á verte la he comparado con  
 todas las cartas que de mis amigos poseo, pero  
 ninguna en sus caracteres se parece á las de  
 ese billete.

—Para mí es letra de mujer, dijo examinando detenidamente el papel que no había soltado de sus manos el reporter, como si se le fuera el hilo de una pesquisa para llegar á descubrir algo que hasta entonces no se explicara.

—Así me ha parecido también á mí, pero es una letra demasia cursiva para ser de mujer y luego no tiene errores ortográficas el billete.

—Es verdad; sin embargo principio á desconfiar y pienso que ese anónimo viene de casa de Amiel y enviado por él mismo...

En este asunto no hay sino dos personas interesadas en que no se dé publicidad á la entrevista celebrada: el coronel Capdevila y Mario Amiel. El primero no creo ponga en juego estos medios para lograr lo que se pide en el billete anónimo, pues pienso se valdría de estos expedientes como un pedido franco, por ejemplo. El coronel Capdevila sabe que de un adversario caballero se puede obtener cualquier concesion y ya en otra oportunidad, antes que llegara á la jefatura de policía, obtuvo de *El Diario* algun servicio que no debe haber olvidado. Si el coronel Capdevila me llamara y me pidiera, como un favor, que le entregara los documentos que poseo, asegurándome que yo había sido engañado por Amiel, se los entregaría y creería que el famoso pesquisante es un pillo rematado.

En cuanto á Amiel ya es otra cosa: si él ha inventado la historieta que me ha contado con un propósito que no alcanzo, entregándome estos documentos para hacer más verosimil su relato, puede muy bien suceder que en vez de emprender su viaje á Europa, como decía, lo haga á la penitenciaría.

Amiel es el único interesado en que no se

publique nada sobre este asunto y es él quien te ha enviado el anónimo, para que con tus consejos me decidas á guardar silencio.

—Puede suceder así, pero yo te volvería á pedir que quemases todos esos papeles; ¿si no tienes el propósito de publicar nada, ó qué quieres conservarlos?

—Los conservaré porque tengo el presentimiento de que algun día me han de servir.

.....  
 Fué Amiel quien enviara aquel anónimo ó fué el mismo coronel Capdevila? —Nosotros, como el reporter, creemos que fué el primero, aunque más tarde el asunto se complicó de tal manera, que hizo imposible toda suposición más ó menos razonable.

Convencido el reporter de que el anónimo no podía ser sino de Amiel, inició su pesquisa llamando en su ayuda al amigo que tan alarmado se lo hiciera conocer. Principiaron por examinar el sobre y se encontraron con que no había sido confiado al correo.

—Quién te lo entregó?—preguntó el reporter al amigo.

—Lo encontré sobre mi mesa y lo único que pude saber es que un changador había preguntado por mí y lo había dejado con encargo de que me lo entregaran lo más pronto posible.

—Bueno,—dijo el reporter despues de reflexionar un momento,—fíjate bien en lo que voy á decirte y discutiremos nuestro plan de campaña. Si como creo, viene de parte de Amiel ese anónimo, tiene que habérselo confiado á su esposa para que esta en sus salidas á la calle, á su vez se lo entregara el changador que te lo ha llevado. En las circunstancias en que ese hombre se encuentra, segun él me lo ha dicho,

no puede salir á parte alguna y por consiguiente tiene que haberse valido de su esposa de quien únicamente se ha de confiar. . .

—A qué hora te lo llevaron?

—Temprano, segun me han dicho.

—Antes de almorzar?

—Sí, á las diez mas ó menos.

—Entonces ha sido cuando ella iba al mercado que se lo ha entregado al changador. Nuestra pesquisa, pues, tiene que iniciarse por los changadores que acostumbran situarse cerca de la casa de Amiel antes de las nueve de la mañana. Y si por este lado erramos el golpe, ya veremos si por otro se nos escapa.

Convenido el plan, al día siguiente recorrieron uno por uno los changadores que se encontraban situados cerca de la casa de Amiel y ninguno, ni aun con la promesa de una buena recompensa, pudo dar las noticias que se le pedían.

Hubo pues que iniciar la pesquisa por otro lado.

Al día siguiente mucho antes de las siete de la mañana, los dos amigos se situaron en el Pasaje Huergo y á eso de las 8 vieron salir de la casa número 6 una señora mal puesta con su canastilla en el brazo y dirigirse al mercado Rivadavia.

En el mercado Viejo hizo sus compras y cuando ya iba á emprender el regreso, una mujer regularmente vestida, revelando en su porte y en su descaro una francesa *pur sang*, se acercó á ella, cambiaron algunas palabras y se separaron.

— Esa mujer, — refiriéndose á la desconocida, dijo el reporter— es la que ha escrito el anóni-

mo que has recibido. . Lo juraría... Seguidla y ve donde entra.

El reporter y el amigo se separaron, y cada uno siguió detrás de cada una de aquellas dos mujeres, pensando en que esta vez diera buen resultado la pesquisa.

La que había salido de casa de Amiel, regresó á ella sin cambiar palabra con persona alguna, mientras la otra, con su paso rápida de griseta, desesperaba a amigo del reporter que apenas la podía seguir. Su primera parada fué en una casa de modas de la calle Piedad, pasando San Miguel, donde se entretuvo más de media hora probándose sombreros. De allí se dirigió á la tienda del Progreso, Victoria y Perú, donde empleó una media hora, y por fin salió para hacer su última estacion en el Hotel Britania, aquel mismo en que, segun Amiel, se le preparara la celada de que supo escapar.

Uno de los porteros de aquel establecimiento se encontraba en su puesto en momentos en que aquella mujer había entrado y por consiguiente él podía proporcionarme algunos datos referentes á la pupila.

—Oh! exclamó el portero apenas fué interrogado, creo que no será muy difícil llegar hasta ella....

—No, lo que yo deseo no es ponerme en relaciones sino un simple papel cualquiera escrito por ella.

—Nada más fácil, escríbale Vd. y ella tendrá que contestar.

—Pero, si ignoro como se llama!

— Se llama... se llama—contestó el portero, haciendo memoria—Eugenia.

—Bien, ahora mismo voy á escribirle y Vd. se encarga de hacerle llegar mi carta.

—Muy bien. siempre que...

—Corriente y va por adelantado, dijo el amigo del reporter entregándole un billete de dos pesos.

Quince minutos despues volvía y entregaba al portero.—á ese fiel servidor de toda buena causa,—con la ansiedad consiguiente, un billete escrito con la mayor claridad posible, y el fiel servidor ascendiendo las escaleras del hotel lo llevaba á su destino.

Los minutos que pasaba, sin que el portero volviera trayendo la contestacion parecían horas al que esperaba, sin que pudiera sospechar siquiera lo que en la habitacion de *Eugenia* ocurría.

Esta había roto el sobre y había leído:

«Hermosa Eugenia: La he visto esta mañana cuando salía Vd. de la tienda, Victoria y Perú y puede Vd. creer que he sentido vivos deseos de poder llegar á relacionarme con Vd. ¿Puedo aleutar esta esperanza? Espero con ausiedad contestacion escrita. Suyo de todo corazon.

X. X.»

Pero antes que *Eugenia* la leyera el portero para cobrar por partida doble habiale dicho:

—Lo que se propone quien me ha entregado esta carta, no es lograr su relacion, lo que quiere es simplemente un escrito de su mano.

—Ah! ¡al... la...—exclamo sorprendida Eugenia, y acto continuo ordenó al portero dijera á quien le había entregado la carta, que podía pasar adelante.

Un momento despues el portero trasmitía la contestacion de Eugenia al amigo del reporter y éste preguntaba descepcionado:

—No ha querido escribir?

—Le doy la contestacion que me ha ordenado

—Pero ella recibió mi billete?

—No; rompió el sobre y me pidió que se lo leyera.

Hé aqui un hombre desorientado que no sabe que es lo que va á hacer ni lo que va á decir á una mujer,—decíase el jóven del billete,—mientras Eugenia, por su parte se interrogaba: ¿para que querrá ese hombre una contestacion escrita de mi mano? ¿será una celada que se me tiende?



Eugenia y el amigo del reporter se encontraron frente á frente. El uno dispuesto por todos los medios á su alcance á lograr lo que deseaba, un escrito cualquiera de aquella mujer, y ella á desorientarlo en su propósito sin dejarse sorprender.

Eugenia no era jóven y gracias á las bondades de la maravillosa y sin igual, como dicen los anuncios, *Eau Peruvienne*, algunas arrugas habian desaparecido de su rostro sin traicionarla, volviéndole la frescura de sus veinte años que, seguramente, hacia otros veinte que habia dejado atrás.

—Me he enterado del billete de Vd.,—dijole con seriedad, Eugenia,—y para que Vd. no pierda su tiempo inútilmente y me deje en libertad, debo advertirle que soy casada...

Esta contestacion cayó sobre el pesquisante como un balde de agua fria, sin atinar á la réplica.

—Creía... Vd. sabrá disculparme...

—¡, sí; está Vd. disculpado...

—Quiere decir,—acertó á decir, repuesto

de su sorpresa,—que no debo esperar nada de Vd?

—Absolutamente nada.

—Ruego nuevamente sus disculpas y espero que si algun dia necesita Vd. un amigo abnegado recurra á mí...

—Mil gracias.

La entrevista no pudo ser mas corta ni mas terminante.

El golpe se habia errado por segunda vez y estaba desbaratada la pesquisa.

Cuando el amigo refirió al reporter lo que habia pasado, éste no pudo menos que llamarle bruto.

—¿Quien te mandó decirle al portero lo que querias? No sabes que no hay un solo ejemplar del gremio que sepa guardar un secreto?—Y luego con aire sentencioso exclamó: «No hay pesquisa que no se malogre por una indiscrecion. Ejemplo: lo que le pasa al coronel Capdevila con su policia en que no hay un solo hecho en que *los autores sean habidos*,

Por la mañana del dia siguiente volvieron al hotel los dos amigos con un nuevo plan de campaña, pero ya, Eugenia habia tendido el vuelo, buscando seguramente un nido más á cubierto de los indiscretos billetes.

—Y dónde buscarla ahora? exclamó el reporter lleno de desconsuelo.

---



## V

## Amiel `pesquisante

Mientras el reporter y su fiel amigo siguen en sus correrías tras Eugenia, vamos por nuestra parte á narrar lo que hemos llegado á saber respecto á Mario Amiel como pesquisante y como hombre.

Si este Mario Amiel que el coronel Capdevila tuvo á su servicio, es el mismo que en Francia y en Chile logró éxitos policiales de resonancia, razón tenía nuestro Jefe de Policia en decir que con él *habia hecho una adquisicion*; pues es el tipo más acabado del pesquisante, del más ingenioso empleado policial,

En Paris, de la noche á la mañana aparecieron billetes falsificados del Banco de Francia y todas las medidas que adoptó la policia fueron infructuosas para descubrir á los falsificadores, pudiendo solo afirmar que dentro de las fronteras francesas la falsificacion no se hacia.

Entonces se confia la pesquisa á Amiel

y despues de muchos trabajos en Francia, se embarca para Barcelona, pide la ayuda de la policia española, tiende sus redes, y á los diez dias la famosa falsificacion era descubierta y los falsificadores caían en poder de las autoridades.

No conocemos los detalles de esta importante pesquisa, pero sí de algunas que realizó en Chile, con el aplauso de las autoridades del crimen y del comercio de Valparaiso.

El señor Domingo Toro, que ha sido nuestro huésped y que conserva en nuestra sociedad buenas relaciones, fué quien lo presentó al Juez del Crimen de Valparaiso, Dr. Enrique Tagle, hoy residente entre nosotros, para que utilizara sus servicios, poniéndolo al frente de la policia secreta, compuesta entónces por unos cuarenta hombres y unas diez mujeres. Este cuerpo de policia dependia de la justicia del crimen.

El Dr. Tagle revisó los papeles de Mario Amiel y vió en él un poderoso auxiliar. Lo hizo jefe del cuerpo que de él dependía, con un sueldo de 300 pesos, y lo puso en campaña.

Hacia solo dos dias que Amiel se encontraba en posesion de su puesto, cuando un fuerte comerciante de aquella plaza se presentó al Juzgado del Dr. Tagle haciendo esta exposicion:

«Que habia enviado á Coquimbo, otro puerto chileno, á uno de sus mas honrados dependientes con el propósito de que cobrara un crédito por dos mil y pico de pesos; que el dependiente cobró esa suma, pero que á bordo, aprovechando su descuido, se la habian robado; que tratándose de un empleado de tanta confianza como el que habia cobrado el crédito; no podia desconfiar de él; y que si hacia

la denuncia era solo por ver si se daba con los autores de la sustraccion y, mas que por ello, por salvar su responsabilidad ante su socio, ausente en aquel entonces.»

El Juez Dr. Tagle, puso esta denuncia en conocimiento de Amiel y de comun acuerdo el empleado fué citado para el dia siguiente, sábado, á las 12 del dia, y á esa hora compareció al juzgado.

—Existe en este juzgado, díjole el juez, la denuncia de una sustraccion de que Vd. ha sido víctima y desearia de Vd. algunos datos para practicar la pesquisa del caso.

—Señor Juez,—respondió el empleado,—lo único que puedo decir á Vd en este asunto es que me retiré á mi camarote á eso de las 12 de la noche y que por el calor dejé abierta la ventanilla....

—A esa hora Vd. aún tenia en su poder la suma cobrada?

—Sí, señor: pues por precaucion la aseguré en mi balija de viaje y guardé la llave bajo la almohada. Al dia siguiente, cuando me desperté, me encontré sin la balija y en vano fueron todas las medidas que se tomaron á bordo para descubrir al ladron ó á los ladrones.

—Vd. no tiene por consiguiente sospechas de nadie?

—Absolutamente.

—Bien; puede Vd retirarse.

Amiel que habia estado presente á esta declaracion, apenas hubo salido el empleado exclamó:

—Aquí no hay mas ladron que el que acaba de declarar.

—No, eso es imposible. ¿No conoce Vd. las opiniones de su mismo patron?...

Serian las siete de la tarde del mismo día sábado cuando cuatro jóvenes elegantemente vestidos se sentaban alrededor de una mesa del hotel.... y poco después un caballero con apariencia de portugués ocupaba una mesa próxima á la que aquellos habían rodeado.

Los cuatro amigos comían y bebían alegremente, prometiéndose para esa noche horas placenteras, de orgía y libertinaje, cuando uno de ellos acertó á fijar su atención en el caballero que les estaba próximo, por su acento portugués.

Cuando se come bien y se bebe mejor, suele suceder que las conveniencias sociales se olvidan y así sucedió con esos cuatro jóvenes, los que vieron en el caballero portugués un excelente candidato para la sobremesa.

—¿Nunca has estado en Portugal? preguntó uno.

—No, respondió el interrogado.

—Pues no te aconsejo que lo visites; es el país mas extraordinariamente ridículo.... Figúrate que al cementerio le llaman *Os praceres*....

—Vaya que placeres exclamó otro, soltando la carcajada al unísono con los demás.

—¿Y el palacio del rey?... *Palacio das necesidades*

Una nueva carcajada acogió lo que se acababa de escuchar y el caballero portugués no pudiendo resistir por mas tiempo la burla que se hacía á su patria, incorporóse y levantando la voz dijo, dirigiéndose á los que se mofaban de Portugal.

—Un portugués no consiente jamás que se burlen en su presencia de su patria, como Vds. lo están haciendo...

—Y á nosotros—contestó uno de ellos—qué nos importa que Vd. lo consienta ó nó!

—Es que yo les exigiré una reparacion.

—Puede exigir todas las que quiera: el caso es que se las dén.

El caballero portugués tomó una botella y acto continuo los cuatro amigos, como movidos por un resorte, pusieron de pié, dispuestos á contestar la agresion, pero antes que éste tuviera tiempo de levantar la mano ya otros comensales que se habian aproximado lograron detenerlo.

El incidente no tuvo consecuencias, pero lo habian presenciado mas de quince personas.

Los jóvenes pagaron su *adicion* y, un tanto excedidos en los placeres de la mesa, fueron buscando otros en sitios menos inocentes. donde á poco de entrar, llegó un caballero español, de patillitas toreras, capa y chaquetilla corta, haciendo lujo de buen humor.

Aquel, al parecer hijo de la noble España, fué mal acogido por los jóvenes, pues consideraron que constituia su presencia una invasion extranjera. No habia más que provocarle un incidente, pensaron, para que les dejara libre el campo, y, como bebian, uno de ellos levantó la copa brindando:

—Por los godos!

—Y con cola! agregó un segundo, soltando los cuatro una franca y estruendosa carcajada.

El caballero español se dió por aludido, pero tuvo que cejar ante el número; protestó y se retiró.



El dia lunes, el joven empleado víctima del robo en su viaje de Coquimbo á Valparaiso,

fué citado nuevamente al juzgado á fin de que prestara una nueva declaración. Puntual á la cita, á las 12 en punto estaba en presencia del Juez.

Despues de varias preguntas repeticion de las mismas que se le habian hecho en el interrogatorio anterior, preguntóle el Juez:

—¿Cómo ha empleado Vd. su tiempo el dia sábadu despues de salir de este juzgado?

—Señor,—dijo con indiferencia, de aquí me fuí á casa donde pasé leyendo hasta la hora de comer; despues me fuí á la plaza á escuchar la retreta y terminada esta me retiré nuevamente á casa....

Amiel que acababa de escuchar la contestacion del empleado, intervino diciéndole:

—Me parece que no recordais bien lo que hicisteis el sábadu.... ¡Haced memorial!

—Es exacto lo que digo....

—¿No recordais un incidente con un caballero portugués en el hotel?....

—No, absolutamente.

—¿No recordais tampoco á un jóven español de quien os burlasteis, brindando por los *godos con cola*?

—Eso no es exacto.

—Y tampoco es exacta esta *adicion* —sacando del bolsillo una cuenta del hotel—que pagasteis vos mismo en el restaurant donde se produjo el incidente con el portugués?

—Tampoco es exacto, pues no he salido de casa.

—Esperad,—dijo Amiel y salió.

Un momento despues entraba en la sala del juez el caballero portugués del incidente; saludó al magistrado y esperó ser interrogado.

—Tuvo Vd. un incidente con el caballero.— aludiendo al empleado.—en la noche del sábado en el hotel!?!...

—Sí, señor.

—¿Y cómo Vd. lo niega?

—Efectivamente, pero...

El caballero portugués se sacó una pluma que tenia oculta dentro de la nariz, se despojó de una barba postiza que llevaba y volvía á ser el hábil pesquisante Mario Amiel, que se transfiguraba como queria, diferenciando hasta el metal de su voz.



Por aquel entonces, era jefe de policia de Valparaiso el coronel Sallel, valiente militar, y como todo valiente, franco, leal, caballero, á quien repugnaba la policia secreta por mas que viera los buenos resultados que ella daba bajo la direccion del habilísimo Amiel.

Sea que esta repugnancia fuera en aumento ó que tuviera celos de Amiel, como opinan algunos, el caso es que el pesquisante francés fué declarado cesante por *razones de mejor servicio*; esa razon suprema de que los que mandan echan mano no teniendo otra que dar para justificar sus proceder arbitrarrios.

Amiel estaba, pues, á los tres meses de encontrarse en Valparaiso—en esa hermosísima ciudad que recordamos confusamente, habiendo pasado por ella cuando apenas contabamos seis años de edad y pocos dias despues de ser destruidos sus almacenes fiscales por la escuadra española—cesante y sin recursos de vida.

Se hicieron algunos empeños para que ingresara á la policia de Santiago; pero fué en vano,

inútil todo esfuerzo: estaba escrito que Amiel había de salir de Chile y así sucedió.

Resuelto a emigrar de aquel país, solicitó el concurso pecuniario de algunas personas de Valparaíso, entre ellas el Dr. Tagle, las que encantadas por la habilidad del pesquisante no trepidaron en ayudarlo como solicitaba, dejando en todas ellas un buen recuerdo y muy principalmente en su jefe inmediato el Juez del Crimen, que en adelante se vió privado de su inteligente concurso.

El Dr. Tagle, con quien hemos conversado respecto al protagonista de este relato, que va siendo un poco largo, recuerda que antes de su salida de Valparaíso le hizo una interesante confidencia, la que á nuestra vez haremos conocer de nuestros lectores á fin de perfilar mejor al hombre que logró burlar al coronel Capdevila, nuestro muy hábil jefe de policía!

—Antes de partir—díjole—quiero que sepais cómo he llegado á este país y cuales son las causas que á él me han traído, correspondiendo así á vuestras atenciones para con quien no conociais.

El gobierno francés—continuó después de muy breve pausa—me recomendó la captura de unos anarquistas que habían sublevado las clases obreras de París y que lograron escapar á las pesquisas de la policía, embarcándose para este continente. Después de largas y difíciles averiguaciones, se supo que se encontraban en Panamá y con aquel destino me embarqué llevando las instrucciones de mi gobierno y solo 3000 francos para mis gastos.

Una vez en aquel país, para mí desconocido, siguiendo la pista de mis hombres, llegué á una ruleta donde el oro corria de un lado á otro,

mareando todas las cabezas por bien organizadas que estas fueran. El juego es un abismo que arrastra, que subyuga y que vence... Entrar á una ruleta y no jugar; contemplar impasible aquel movimiento de dinero que tan pronto llena de felicidad el corazon de uno como desbarata las esperanzas de otro; resistirse á la tentacion de convertir 1000 francos en un momento de inspiracion en 36.000 por un capricho de la suerte; escuchar sin emociones el choque continuo de la bolilla en la ruleta que rueda y que va á pararse para dar la fortuna á uno y quitársela á otro; ver sobre la mesa esos números cabalísticos el 7, el 9, el 13, con su muda elocuencia invitando á cubrirlos, y resistirse aún, es verdaderamente una virtud superior que no comprendo y que no comprenderè jamás!...

Me hice sitio al lado de un anciano, francés como yo, que perdía ya una fuerte suma de dinero.

—Que me sirvais de mascota!—me dijo con tono severo y sentencioso, haciendo lugar para que á mi vez pndiera sentarme.

Y antes que pudiera contestar al anciano, al sonido del oro, á la agitacion de un momento, sucedió el mas completo silencio; es que el hombre de la ruleta habia dicho en alta voz.

—Jugar!

Fijé los ojos en el tablero y el primer número que se grabó en la retina fué el 13, incitándome á cubrirlo. Sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo y no pude sustraerme á la influencia que ejercia sobre mí aquel fatídico número. Coloqué sobre él un Napoleon, veinte francos, y antes que retirara la mano:

—Nadie más!—dijo el banquero,

Aquella voz sonó horriblemente en mi oido; me asaltaron intenciones de retirar mi napoleon y abandonar aquel sitio; pero era ya tarde: la ruleta habia principiado á girar y la bolilla á saltar de casilla en casilla produciendo el choque un ruido que me aterraba. Mis ojos, dilatados, fijos estaban en el 13, mientras el corazon palpitaba violentamente y la respiracion se hacia difícil...

De pronto en la ruleta cesa el ruido de la bolilla y en medio del silencio mas sepulcral se escucha solo la voz del banquero.

—Negro; el 13.

Y en seguida otro hombre dejando caer la paletá ú *oreja*... agregó:

—Pleno, semi-pleno y calle!

El pleno me correspondia; el simi-pleno á una mujer jóven, tambien francesa; y la calle al anciano que tenia á mi lado.

—Bien venido seas!—exclamó el anciano dirigiéndose á mí y á la jóven agregó:—¿Cuánto habeis ganado Eugenia?

—Ciento ochenta francos—respondió la jóven.

Cuando me entregaron los 720 francos que habia ganado, quise levantarme; pero mi vecino, el anciano, fijó en mí una mirada de reproche, algo así como un desprecio, que me hizo desistir de mi propósito.

Continuamos jugando y á las dos de la mañana la fiebre me devoraba: una ola embriagadora se habia apoderado de mi cerebro. No pensaba, no veia, y solo me daba cuenta de que habia perdido todo cuanto poseia. El anciano y la jóven se encontraban en idéntica situacion; siguiendo mi juego habian perdido conmigo.

A esa hora nos retiramos los tres de la mesa de juego: apenas cambiamos algunas palabras

y despues de andar cuatro ó cinco cuadras, nos separamos dándonos las buenas noches.

El resto de aquella noche desgraciada fué horrible para mí, pues con la pérdida del dinero que no era mio me coloqué en el fatal despeñadero de que hasta ahora no he podido librarme.

Escribí al gobierno, esa misma noche, que me embarcaba para el Perú siguiendo la pista de los que se me enviara á prender; pero en verdad, desde aquel momento abandoné la idea de perseguirlos para acariciar esta otra: trabajar y reunir dinero para volver á Francia.

A los pocos dias de aquella noche fatal me embarcaba para Lima y en el mismo vapor tambien la jóven francesa á quien el anciano llamara Eugenia, en la casa de juego, donde por primera vez nos viéramos.

Nos reconocimos y me contó despues que al dia siguiente de haber perdido cuanto tenia, el anciano, que era su padre, se habia levantado la tapa de los sesos.

En Lima—continuó Amiel—no encontré campo para mí, pues la policia en aquel país es imposible: y entonces me dirigí á Valparaiso para llegar á la situacion en que me encuentro: cesante y sin un céntimo.

---

## VI

## Candidato para la horca

Del 3 al 4 de Febrero del corriente año, Eugenia, aquella mujer que el amigo del reporter había encontrado alojada en el Hotel Britannia y que en su mudanza de alojamiento había desbaratado la pesquisa que iniciaran para descubrir al autor del anónimo recibido, se embarcaba en uno de los trasatlánticos franceses y poco despues, en el mismo buque, el pesquisante Mario Amiel, bajo el amparo y proteccion de la Legacion de Francia.

Desde entonces jamás volvimos á hablar de él y seguramente estos apuntes—que pueden servir á un novelista—no hubieran visto la luz pública si no hubièramos encontrado en *Le Figaro* el relato del misterioso plan de envenenamiento del electricista Cornelio Herz, en que figura como principal actor el famoso pesquisante que—segun declaracion de *La Argentina*, diario oficial del gobierno y de sus hom-

bres—logró del coronel Capdevila no ménos de ocho meses de sueldo, en calidad de anticipo, mientras al resto de los empleados á duras penas se les pagaba con alguna puntualidad sus sueldos vencidos.

En presencia de este relato de *Le Figaro*, ordenamos nuestros recuerdos y nos convencimos entónces de que el famoso Amiel, sin disputa habilísimo pesquisante, es á la vez un audaz aventurero, uno de esos tipos que el viejo mundo repudia de su seno y lauza á esta América de salvajes, donde sueñan hacer fortuna aprovechando nuestra ignorancia.

Amiel engañó como mejor quiso á nuestro muy hábil jefe de policía, le arrancó 2640 \$ que el tesoro policial no volverá á guardar jamás, y pretendió, cuando el coronel Capdevila—por una ú otra causa—le cerró la bolsa, engañarnos también á nosotros, ofreciéndonos por 2500 francos una historieta con documentos *ad-hoc*, bien preparados.

Y mientras á nosotros nos ofrecía tan módicamente esta historieta, novela que él llamaba *una revelacion de la mas alta importancia*, amenazaba al jefe de policía con su publicacion en los diarios europeos para que el tesoro policial, tan pródigo para con él, se abriera nuevamente. Un caso de *chantage* perfectamente acabado en todos sus detalles.

En el caso del electricista Herz, tan ingeniosamente concebido, se revela el famoso Amiel en toda su astucia y toda su maldad. Ha prometido á la policía parisién, por medio de *Le Temps*, reconocer al hombre que en la calle Lavoisier de Paris le ofreciera, antes de su partida para América, 50.000 francos en pago del envenenamiento del electricista, agregando que aquel

hombre ha intentado varias veces contra su vida mientras permaneciera en Buenos Aires!

Y sin embargo aquí ha jurado por Dios, su mujer y su hija, que el coronel Capdevila era quien queria y trataba de *eliminarlo!*

Seguros estamos de que el hábil Amiel ha fraguado esta novela del envenenamiento para atemorizar con su denuncia á algun rico propietario pobre de espíritu, si no sella sus lábios con un poco de dinerol

En Paris como en Buenos Aires, Amiel no busca en el trabajo honrado, que ennoblece y dignifica, sus medios de vida, prefiriendo procedimientos tales que lo hacen un buen *can-*  
*didato para la horca!*

JACKAL.

